

La participación social de los jóvenes en un nuevo contexto laboral: en torno a la génesis en España del Tercer Sector

Daniel Albarracín, Rafael Ibáñez y Mario Ortí

Universidad Autónoma de Madrid
Universidad Complutense de Madrid

El artículo se ha propuesto realizar una interpretación tentativa desde de la perspectiva del medio plazo histórico - de la transición postfranquista a nuestros días- del proceso de génesis y consolidación del Tercer Sector en relación a la participación social -en un sentido amplio- de los "jóvenes". Se aborda este T.S. como representación dominante del espacio asociativo de las entidades voluntarias en los años 1990, que tiene su origen en una discontinuidad producida en los años 80 entre dos modelos heterogéneos de participación que marcan el conjunto del período abordado. Esta participación se va ver afectada de un modo concreto por la institucionalización que la participación experimenta en el momento de la postransición, así como por las transformaciones producidas en el mundo del trabajo en relación a los jóvenes de estos años 80. Este T.S. se aborda entonces, en primer lugar, en tanto que proceso ideológico de construcción de un espacio definido negativamente en relación a los ámbitos del Estado, el mercado, pero también de "lo político". En segundo lugar, tratando de reconstruir parcialmente desde el elemento "juventud" en tanto que situación social determinada, las transformaciones en los procesos de estratificación social que -para el caso concreto español- estarían detrás de la crisis de las identidades sociales y políticas ligadas al trabajo como espacio de práctica y representación social y "participación" o acción colectiva.

Palabras clave: Juventud; Participación; Tercer sector; Transición española; Mercado laboral.

"No se trata ya de teorizar específicamente el concepto "juventud" sino de estudiar en concreto los procesos de reproducción social en los que este sector, aparentemente, es protagonista (...) Se trataría de definir teóricamente mecanismos de producción y reproducción social (incluyendo tanto la dimensión "cultural-ideológica" como la "económico-productiva" y la de "legitimación o política"), para indagar, posteriormente, cuál es la inserción de un colectivo (la juventud) delimitado provisoriamente en base a caracteres puramente descriptivos".

Colectivo IOÉ (1)

(1) (1989a). *Estudio sobre las condiciones de trabajo de los jóvenes*, Madrid, Consejo de la Juventud de España, p. 60.

I. Participación y juventud en perspectiva histórica: de la transición postfranquista al fenómeno del Tercer Sector en los años 1990

I.1. Entre el rejuvenecimiento de la política y la despolitización de la juventud

Hace pocos meses que el vigésimo aniversario de la aprobación de la Constitución de 1978 volvía a convertirse en motivo sobrado para que los medios de comunicación celebrasen y recordasen la dinámica simultánea de consenso -encabezado por las élites políticas- y de participación movilizadora -dinamizada por múltiples sectores sociales- que la hicieron posible tal y como tuvo lugar. Según parecía afirmar entonces un articulista del diario EL PAÍS, la transición

española no tendría solamente la marca histórica del consenso, sino que también resultaría expresión del impulso de una nueva dinámica de rejuvenecedora participación: "Fuentes Quintana y Gómez Llorente sostenían que el consenso que hizo posible la Constitución de 1978 fue debido a que los líderes políticos que la pactaron eran jóvenes, hartos de oír hablar de la guerra. Una circunstancia que no se había dado en la II República, en la que los protagonistas de la vida política española eran viejos seriamente enfrentados, con profundas heridas de difícil cicatrización. Hoy, 20 años después de la Constitución del 78, a veces da la sensación de que aquel entusiasmo inicial envejece y el consenso se diluye" (2). Este entusiasmo rejuvenecedor que se agotaría cuando los años 1990 se acercan a su fin, parece coincidir ahora con un desapego nuevo hacia lo político, que en esta ocasión tendería por el contrario a afectar de un modo especial a los jóvenes. La despolitización juvenil como fenómeno reciente, desde un punto de vista convencional, parece consistir fundamentalmente en una apatía o desafección con respecto a la política, que no impediría no obstante que esta juventud pudiese ser considerada genéricamente como "comprometida" o "solidaria". Construida en la prensa a través de investigaciones sociológicas en las que, por ejemplo, se afirman cosas como: "«Política, ¿para qué?». Esa parece ser la conclusión mayoritaria entre los jóvenes españoles menores de 30 años a la luz de un sondeo del CIS (...). Pero que prescindan de la política no significa que observen en silencio lo que ocurre en la sociedad. Seis de cada 10 jóvenes creen que nuestro país es injusto o incluso muy injusto. Y a la hora de combatir esa realidad no se fijan en los partidos, sino en otro tipo de organizaciones o iniciativas sociales" (3). Sin embargo, el fenómeno de esta posible

(2) Andreu Missé en el diario *EL PAÍS* (6-XII-98), entrevista a Miguel Roca.

(3) C. Celaya y P. Simón, diario *El Mundo*, suplemento Campus, 29-I-1997.

despolitización juvenil no es un fenómeno en absoluto reciente, si -considerándola en un sentido amplio- nos atenemos a la historia próxima de la participación social y política en nuestro país. Probablemente, un hecho que es ignorado al identificar el renovado entusiasmo de las rejuvenecidas élites políticas que surgen y se consolidan tras el proceso de transición -y cuyos pactos parecen ahora ser puestos de manifiesto con el propio entusiasmo de las bases que fundamentalmente en el primer momento de ésta, la impulsan desde múltiples formas de participación en pro de una democracia substantiva. Ya que el declive de la participación política y sindical militante se inicia cuando todavía el proceso de transición no ha concluido; este hecho no es incompatible con que las cifras de afiliación de los recién legalizados partidos burocratizados de masas se incrementen todavía en los años 1980, especialmente en relación al crecimiento electoral de éstos. Con las debidas reservas hacia la relevancia de los datos procedentes de encuestas -por idénticos motivos-, podemos señalar cómo la participación registrada de los jóvenes (15-29 años) en asociaciones de carácter político se mantiene entre 1988 y 1996 en un bajísimo 2-3%, mientras que las deportivas son las que registrarían más asociados (4). Unos porcentajes que probablemente se mantienen desde el principio de los años 1980. Como han afirmado también por otra parte Rodríguez Cabrero y Ortí en su estudio acerca del sector asociativo en España en este periodo de la posttransición: "el asociacionismo, como ámbito de democratización y socialización del bienestar social parece convivir -y aquí coinciden no sólo las encuestas, sino los discursos de nuestros grupos de discusión- con un reflujó de la participación en contraste con los discursos sobre las bondades innegables de la sociedad civil. Es decir, el crecimiento del número de asociaciones registradas no parece haber significado un incremento de la participación social ciudadana,

(4) Según las encuestas e informes realizados por el *Instituto de la Juventud* entre estas fechas.

sino más bien un reflujó junto a emergencias puntuales de signo ya constructivo, ya negativo" (5). Porque entre lo que podemos llamar participación o acción colectiva de las élites y las iniciativas ciudadanas o populares (6) de las bases del proceso de transición -si se nos permite esta tremenda simplificación de la gran complejidad de los sujetos sociales- median las propias asimetrías y determinaciones de éste en tanto que dinámica de pacto y transacción dirigido desde arriba. Esta misma dinámica es la que marca la necesidad política de alejamiento -en lo que ha sido dado en llamar el pacto de silencio (7)-, tanto de aquellas figuras históricas que hubiesen sufrido la persecución del franquismo -y tuviesen algo que no perdonar-, como de aquellas que lo encarnaban, y tuvieran mucho de lo que difícilmente podrían ser perdonadas. Una cura simultánea de reconciliación y rejuvenecimiento que entrañaba en ese momento la aparición y promoción de una nueva generación de representantes políticos rápidamente moderados que pudiesen encarnar una nueva democracia no contaminada por la turbulenta historia reciente de nuestro país. En algún sentido, de políticos que -como tantas veces se ha recordado no dejaba de recomendar el propio dictador-, como él mismo, no se hubiesen metido (al menos demasiado) en

(5) "Institucionalización del sector asociativo en España: Estratificación motivacional e ideológica y diferenciación y complementariedad entre sector público y entidades sociales", en J. Montserrat Codomiú y G. Rodríguez Cabrero (eds.), *Las entidades voluntarias en España. Institucionalización, estructura económica y desarrollo asociativo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, 1996, p. 124.

(6) Estas iniciativas son interpretables bajo una pluralidad de sentidos que podrían ir desde atribuirles un carácter radicalmente instituyente hasta otro más socialdemócrata como sería el atribuido por C. Offe, quien se refiere con él a las "acciones ciudadanas que se orientan hacia una mejora de ámbito de necesidad que no se corresponde con la reproducción de la fuerza de trabajo en términos de bienes individuales, sino en términos de consumos colectivos y cuyas formas de funcionamiento no están previstas, en principio, en el ordenamiento institucional del sistema político formal". Cita de comentario de Offe (1988) realizado por L. Enrique Alonso (1996) "Nuevos movimientos sociales y asociacionismo".

(7) Del Aguila y Montoro (1984), *El discurso político de la transición española*, Madrid, CIS y S. XXI.

una política repleta de singularidades poco democráticas.

Más allá de la clase política, en este proceso los jóvenes -la juventud misma hecha símbolo- venía a encarnar así la nueva España que anhelaba *la libertad sin ira*; de alguna forma -y según rezaban las tesis de un sociólogo que se harían bien conocidas algunos años más tarde (8)- la nueva España que venía a representar el *retorno de la sociedad civil* que despertaba tras décadas de letargo bajo el estatismo autoritario del régimen franquista. Desde un punto de vista quizás también simplificador, un proceso de transición que puede verse así como *analizador* de una forma de entender la participación sociopolítica, el tejido asociativo, o también -si se quiere- el fenómeno del propio *Tercer Sector*. Pues desde este punto de vista -que nos proponemos situar como *dominante*-, en los últimos años el *Tercer Sector* va a configurarse como referente que aspira a representar de modo homogéneo la participación, el voluntariado, el asociacionismo... de los años 1990, desde una despolitización del propio fenómeno de la participación dentro de una idealizada *sociedad civil*.

I.2. Génesis y consolidación en España de la imagen del Tercer Sector en los años 1980 y 90

Sin embargo, desde una perspectiva históricamente más realista, y frente a la idealización del momento de la transición postfranquista como proceso de fundación de una legitimidad democrática y un tejido asociativo radicalmente nuevos, es preciso considerar de un modo concreto el surgimiento y desarrollo del complejo Tercer Sector como espacio (asociativo, corporativo, simplemente ciudadano, etc.) simbólicamente renovado, que viene a definirse precisamente en su oposición a los espacios y lógicas que parecen regular tanto los mercados como la administración estatal. Nos encontramos

(8) Naturalmente, nos referimos al Víctor Pérez Díaz de *El retorno de la sociedad civil* (1987), Instituto de Estudios Económicos.

con un espacio que no podemos encuadrar directamente dentro de la esfera de lo económico a pesar de que las referencias a él tiendan a situarlo como una suerte de economía alternativa articulada en organizaciones no lucrativas (9). Una contraposición negativa entre las viejas esferas del Estado y el mercado y el más allá en el que se ubicaría una nueva sociedad civil refundada en la definición de un gran tercer sector, que corre de este modo el riesgo de subsumir todas las formas que tradicionalmente han constituido una parte más o menos discutida de la no menos heterogénea y ambivalente sociedad civil: desde las asociaciones de todo tipo a los movimientos sociales de base, desde las burocracias paraestatales -que en algunos casos han llegado a constituir los partidos políticos y sindicatos-, hasta las cooperativas, cajas de ahorro, fundaciones empresariales, etc.

Pero el peso ideológico que ha cobrado la representación del espacio de entidades no lucrativas, asociaciones, etc., en los términos de un *tercer sector*, no es -como parece también apuntarse implícitamente en esta oposición- fruto únicamente del relativo socavamiento de la legitimidad de la esfera del Estado en su enfrentamiento con la expansión mercantilizadora que inequívocamente vivimos. Si bien, tampoco parece representar -por el contrario- la asunción de la necesidad de subordinación de esta lógica mercantilizadora con respecto a una regulación ejercida por los aparatos estatales. Sino que, desde otra perspectiva, parece asentarse asimismo sobre un reconocimiento de que las esferas de la acción pública (estatal o social) y privada, difícilmente resultan analizables desde la escisión dicotómica de ambas situada como a priori. Por el contrario, si hay otra dimensión de

(9) "El nuevo escenario construye su identidad por la vía negativa, en contraste con el mercado y con el Estado. Esta formación social no pertenece a la órbita del mercado ya que no busca el beneficio, por lo que se identifica como *Entidades sin fin de lucro*. Tampoco pertenece al escenario del Estado ya que no están reguladas desde fuera de ellas mismas ni asignan los recursos por la vía autoritaria, por lo que se denomina *Organizaciones No Gubernamentales* (ONGs)" -Joaquín García Roca (1996), p. 12-

este proceso que permite la difusión de una idea más o menos consolidada de un *T.S.* homogéneo, es la propia posición doblemente funcional y subordinada con respecto a la lógica de las racionalidades burocrática y mercantil en que el *T.S.* -y sus posibilidades como generador de *empleo comunitario*- tiende a quedar supeditado en la práctica. El caso español va constituir una realidad en este sentido heterogénea, ya que "pertenece a lo que podríamos llamar patrón latino de modernización que se traduce en el desarrollo de un sector voluntario fuertemente interrelacionado con el Estado sin un sistema definido de regulación de sus actividades, altamente segmentado y que se desarrolla en un continuo que discurre entre las *entidades no lucrativas* que son una extensión del Estado, hasta otras que mantienen una alta independencia (10)".

Sobre esta base, la idea de un *tercer sector* va a conocer un fuerte impulso en nuestro país a lo largo de los años 1990, apoyada sobre la realidad del desarrollo y complejización de una serie de espacios y lógicas mixtas entre ambas esferas que llevaba ya veinte años en marcha en otros países como Estados Unidos (11). Sin embargo, la *eficacia simbólica* de la noción de un tercer sector promotor de una lógica superadora de la crisis del supuesto monolitismo burocrático de lo público/estatal, y a la vez de la violencia determinista del mercado, en un nuevo espacio por completo democrático y aconflictivo, radica desde el punto de vista de su articulación discursiva, más bien que sobre una comprensión de la funcionalidad histórica concreta que va a tener en los años 1990 la creación de un espacio permeable entre ambos, *sobre una denegación de los conflictos planteados en esta misma relación*. Porque la materialidad de este conflicto ahora

(10) Coincidiendo con Julia Montserrat Codorniu y Gregorio Rodríguez Cabrero (1996) en su estudio introductorio "Las entidades voluntarias en la construcción de un bienestar social", a la obra colectiva *Las entidades voluntarias en España. Institucionalización, estructura económica y desarrollo asociativo*, p. 26).

(11) *Op. cit.*

denegado, no radica por supuesto sobre la mecanicista dicotomía Estado-mercado, sino que -en todo caso- se relacionaría antes con la contradicción entre el *potencial* papel democratizador de los procesos de desmercantilización y desarrollo de derechos sociales -uno de cuyos protagonistas ha sido el Estado social, pero detrás del que se encontraban otros movimientos y sujetos sociales-, y la nueva lógica de un Estado dedicado en mucha mayor medida a impulsar y legitimar la asunción y socialización de los costes disciplinarios de la crisis que estalla a mediados de los años 1970, y que coincidiría por igual con la minimización de este Estado social y la crisis de desmovilización de los sujetos sociales que han venido jugando un papel progresivo.

En esta transición entre dos fases del capitalismo, y para el caso español, se va a producir entonces de un modo particular la mitificación de un espacio de participación ciudadana activa -cuya posibilidad quedaría abierta tras la transición desde el punto de vista normativo al ampliarse las muy restrictivas leyes de asociación que se inician en 1964- que corre paralela a la idealización del modelo de los Estados del Bienestar europeos, convertidos fácilmente en el referente de lo que debería haber sido su frustrado y limitado desarrollo en España. Este desarrollo, en extremo asincrónico y parcial en relación al "modelo" europeo, se encontraría dividido funcionalmente entre un primer momento de establecimiento de sus débiles bases materiales e institucionales durante el último franquismo (marcado por la ausencia de integración política); frente a una segunda fase de su desarrollo -a partir de la transición postfranquista-, donde lo estaría a su vez por una dotación descoordinada y de mínimos de prestaciones asistenciales pronto recortadas e implementadas en todo momento bajo la sombra de la propia quiebra del modelo social y económico europeo de postguerra, impuesta a partir de la crisis de los 1970 de modo especial a su semiperiferia. Una vía histórica de constitución de lo que podemos llamar una *norma de consumo de masas* o *integración social corporatista* parcial,

que hace que las dotaciones y materiales y los mecanismos de mediación y representación social que se crean a partir de los años 1960, así como los derechos sociales en tanto que derechos universales que se proclaman -fundamentalmente a partir de la transición-, encuentren determinado y minimizado su contenido substantivo por el signo de la imposición de esta crisis.

Y en lo que es preciso insistir, es que la debilidad de la vida asociativa en nuestro país no es -tal y como parece considerársela en la concurrida contraposición de ésta con el dinámico mundo del asociacionismo cívico en los países de "cultura protestante"-, fruto de ninguna anomalía nacional de carácter cultural, sino más bien un producto de la historia conflictiva de desmovilización sucesiva de las tendencias sociales potencialmente progresivas. Y en el caso de la postransición, el desarrollo del modelo del sector asociativo va a realizarse en este escenario de crisis, a partir de un doble fenómeno en el proceso de la institucionalización de la participación política y asociativa. En primer lugar, a través del *surgimiento y la maduración paulatina de unas formas de asociación* adaptadas al nuevo escenario de la democracia parlamentaria y las políticas sociales que se instituye a lo largo de los años 1980 y 90. Una institución asociativa que puede ser vista -ante esta debilidad de su carácter de proceso participado desde las bases- como proceso de implantación de dinámicas corporativas -de algún modo herederas de las iniciadas durante el franquismo- en la canalización e integración de los conflictos que se superponen en el momento de la transición, antes que un espacio de asociacionismo voluntario no corporatista que se encontrase simplemente apoyado por un Estado social desmercantilizador. En segundo lugar, por la fuerte tendencia hacia la desmovilización social y política que marca la primera mitad de este período de postransición en la que "no obstante la ambigüedad y la complejidad de este fenómeno, el primer síntoma del "desencanto" fue el notable descenso de la participación electoral en las elecciones generales de 1979, una caída del voto que según algunos

autores continúa la tendencia iniciada en el referéndum constitucional de 1978. El descenso del número de votantes es paralelo a la desmovilización de los últimos años setenta y que se presentó como el precio a pagar por el éxito de la transición" (12).

Como la propia historia de la desmovilización social y política de la posttransición viene a ejemplificar, la aparición histórica de los límites del desarrollo y generalización de los derechos sociales apoyados por el Estado, lejos de ser planteada aquí como una simple traducción de un nivel económico inmediatamente instituyente que determinase de modo directo sus posibilidades y crisis, constituye un proceso que a su vez se encuentra codeterminado por lo que podemos denominar de un modo amplio *conflictos abiertos dentro de la participación social o acción colectiva* de los diferentes sujetos sociales. Los procesos superpuestos de transición -política- y crisis -económica- de la década de los setenta, formarían parte de un momento histórico de transformación social mundial, en el que el equilibrio de fuerzas vigente entre los sujetos sociales va a desnivelarse de modo más o menos brusco según los países y contextos hacia una nueva situación de hegemonía entre bloques y clases. Estas transformaciones determinan el proceso de transición en España y contribuyen a configurar "una percepción bastante extendida de que gran parte de las expectativas que había provocado el cambio político habían quedado frustradas; un sentimiento que se hace especialmente fuerte entre aquellos sectores sociales que habían sido más activos en los movimientos de oposición de los últimos años del franquismo" (13).

Así, la difusión de la noción armonicista de un Tercer Sector abstracto e indiferenciado esconde también el carácter de esta participación en tanto que expresión de un conflicto entre posiciones y sujetos sociales transversal a la confrontación

(12) María Luz Morán (1997), "¿Y si no voto, qué?. La participación política en los años ochenta", p. 379.

(13) Morán, *op. cit.*

entre lo estatal, lo mercantil y el nuevo más allá que parece fundarse así en la negación y superación de ambos. Obviando asimismo la propia tensión entre los planos de lo *instituyente* y lo *instituido* dentro de la que se mueven históricamente las reformas que se producen, con una "mayor o menor profundidad, del modelo hegemónico de control y disciplina social. La forma en que esta transformación se origina puede ser básica y resumidamente presentada, desde dos aspectos complementarios: primero de una manera directa y externa como consecuencia de la movilización, la protesta masiva y la formulación de quejas y reivindicaciones de una manera frontal contra la administración pública y los agentes oficiales de representación política y, segundo, de una manera indirecta e interna, producto de la progresiva organización de los grupos informales, a partir de la influencia ejercida en las formaciones políticas clásicas y, sobre todo, ejercidas sobre los mismos aparatos de Estado que asumen ciertos aspectos reivindicativos, ya sea legislando formalmente, ya sea creando agencias, departamentos, etc." (14).

II. El estado asistencial en España como centro regulador de la participación en perspectiva histórica

II.1. Cambio y continuidad en las formas de participación en torno al proceso de transición: de la militancia intergeneracional al voluntariado juvenil

La imagen dominante de un Tercer Sector homogéneo que se ha constituido en estos años, contrasta con una realidad asociativa plural y heterogénea -especialmente desde el punto de vista regional- que tiende a ser denegada con la imposición de esta imagen, la cual parece responder a la "importación" tras la transición de un modelo de asociacionismo más bien

(14) L. Enrique Alfonso (1996), *op. cit.*, p. 102.

correspondiente a la realidad de los países europeos. La diversidad de formas y tipos asociativos en España, resulta difícil de comprender desde esta perspectiva y obviamente, aun restringiéndonos al campo del "asociacionismo juvenil", excede también las posibilidades de este artículo. Nuestro planteamiento, sin pretender soslayar la complejidad del campo asociativo, se centraría básicamente en abordar aquí los papeles desempeñados por las instituciones mediadoras entre el Estado y el mercado así como los efectos ideológicos más visibles de esta imposición de un modelo dominante de participación que opera a través de una síntesis de las dimensiones formales e informales de la participación. Esta utilización ideológica del concepto T.S. -al menos para los usos más reductivistas del término- viene a entrañar también desde este punto de vista, la apariencia de la superación de las diferencias entre -por un lado- las viejas formas de participación y acción colectiva presentes en el escenario social español, y de las que forma parte el germen democratizador que impulsa la transición desde sus bases (aproximadamente, hasta mediados de los años 1980); y -por otro lado-, las ahora legitimadas nuevas formas de voluntariado o asociacionismo de las organizaciones no gubernamentales que parecen constituir la imagen dominante o convencional del T.S. en los años 90. Pues precisamente, lejos de querer denegar por nuestra parte la validez de estas nuevas formas de participación, se trata simplemente de señalar de modo crítico la falsedad de su contraposición absoluta con respecto a las ahora viejas (y desprestigiadas) expresiones de participación del último franquismo y la transición, en la medida en que su subsunción en un único espacio participativo parece al tiempo contraponerlas en lo histórico a la vez que plantear la sustitución absoluta de un modelo por otro. Una posible negación absoluta del valor del voluntariado, o de las posibilidades de la economía social (equivalente a otra negación de la realidad de la militancia movilizadora de la etapa anterior), ignoraría la necesidad de plantear de modo concreto los sentidos de la participación en cada práctica y

momento histórico igualmente concreto. Porque bien en una afirmación *a priori*, bien en una denegación igualmente absoluta del papel de la voluntad en la acción de los sujetos sociales, desde cualquiera de los polos y bajo la perspectiva de esta ruptura, podrían contraponerse unas viejas formas de participación colectiva atravesada por el conflicto, por la politización y por las relaciones laborales como elemento polarizador, con respecto a unas nuevas formas de participación en las que las turbulencias del proceso de transición postfranquista -y de la conflictividad laboral- han quedado atrás, dejando paso a una participación despolitizada. Y si es preciso mediar nuevamente frente a esta dicotomía, no es -según hemos subrayado ya- porque la década de los años 1980 no pueda ser interpretada de modo coherente como un punto de inflexión en el modelo y pautas de movilización social entre dos momentos contrapuestos de la participación política, vida asociativa, etc. de nuestro país, sino porque estas transformaciones no pueden entrañar tampoco una ruptura semejante en las expresiones y contenidos de la participación, mas que desde el punto de vista de la representación dominante de este Tercer Sector como espacio homogéneo contrapuesto entonces a otro modelo de vieja participación politizada como conjunto igualmente homogéneo. La complejidad del proceso dificultaría, por el contrario, la reconstrucción general de una evolución de las formas de participación social en el difuso espacio de la participación más o menos organizada, marcada por la polarización y oposición entre la autonomía relativa de los movimientos unitarios y reivindicativos del momento de la transición postfranquista -probablemente idealizada, a pesar del patente contraste con la actualmente generalizada desmovilización-; y la dependencia igualmente relativa de los recursos de las Administraciones Públicas frente a la presión hacia la mercantilización de las prestaciones de servicios sociales colectivos (15). Porque la idealización de una vieja pauta de movilización simple y

(15) Gregorio Rodríguez Cabrero y Alfonso Orti, *op. cit.*, p. 127.

unívocamente "antifranquista", no es ajena a la propia idealización del proceso de transición, ni en absoluto incompatible con una convicción de que las movilizaciones fueron igual de necesarias en su día que resultarían por completo "disruptivas" hoy (16).

En cualquier caso y prosiguiendo con el hilo de una perspectiva más general, el punto de inflexión que en la historia de la disolución y resurgimiento de los conflictos sociales en España han marcado los años 1980 no ha hecho del Tercer Sector un espacio de expresión de la participación en la que la decadencia de los movimientos reivindicativos de los años 1970 haya sido sustituida por un gran auge de las asociaciones burocráticas dedicadas a la gestión mercantil de los servicios colectivos y de la ayuda social para la población más o menos marginal. Ni tampoco, que hayan desaparecido por completo unos viejos "movimientos sociales activos, mucho más difusos, desplegados generalmente contra los aparatos y formas jurídicas instituidas y más cercanos a la expresión global y la participación alternativa política y social, que a la canalización de demandas parciales, estables y perfectamente diferenciadas" (17); si bien, su presencia en la escena social se ve reducida probablemente a algunos momentos de movilización puntual, seguidos los cuales permanecen bajo la forma de *focos activos* pero muy poco numerosos. Para el caso específico de los jóvenes, la forma en que van a estar presentes como movimiento de un modo más visible socialmente -bajo la forma del

(16) En lo que se trataría entonces de insistir por nuestra parte, es en la necesidad de una reconstrucción concreta de las bases sociales de la participación, una línea en la que los miembros del Colectivo IOÉ llevan algunos años ya trabajando. Por ejemplo, para el caso del movimiento vecinal en Madrid, uno de los movimientos acerca de los que se podría -en concreto- afirmar que ha seguido la pauta de una desmovilización coincidente con la institucionalización de los mecanismos de participación local en los ayuntamientos (además, por supuesto, de muchas otras transformaciones históricas de carácter estructural), IOÉ va a señalar aquí cómo se habría pasado de una práctica de *participación por irrupción* a otra de *participación por invitación*. Colectivo IOÉ, informes *Participación Ciudadana y Urbanismo*, (1985) y *Participación ciudadana y voluntariado social* (1989b).

(17) L. Enrique Alonso, *op. cit.*, p.105.

movimiento estudiantil- responde de alguna forma a esta dinámica; pues su presencia viene a cobrar fuerza una vez pasado el momento central de la transición, e iniciada la tendencia desmovilizadora: ya que "las manifestaciones convocadas por los estudiantes representaron entre el 5 y el 9% [del total de las convocadas] en 1976-78; y la participación significó sólo entre el 1 y 2% [ídem]. En cambio, 1979, 1986 y 1987 fueron los años de mayor actividad movilizadora protagonizada por el movimiento estudiantil. El 15% del total de manifestaciones que tuvieron lugar en Madrid en 1979 y 86, y el 19,3% en 1987, fueron protagonizadas por los estudiantes" (18). Un movimiento cuya articulación (como él mismo, esporádica) con movilizaciones o reivindicaciones de carácter general, rara vez logra realizarse. Nuevamente desde el punto de vista general, la transformación entre dos grandes pautas históricas de participación no es tampoco completa, al menos por otros dos motivos: en primer lugar, porque las actuales *asociaciones no lucrativas* más que ser nuevas, continúan con la obra de las *viejas* instituciones de ayuda y beneficencia social que se remontan al menos a la colaboración del Estado Liberal en el desarrollo de instituciones eclesiásticas o mutualidades laborales para la suavización de las condiciones más extremas de marginación social (19). Pero, en segundo lugar, por la propia resistencia, frente a las estrategias más agresivas de reprivatización de la gestión de los servicios sociales, de las bases de la reforma social iniciada por la presión del movimiento obrero y los movimientos populares en la transición postfranquista. De manera que lo dominante dentro del Tercer Sector -en el sentido de su novedad como tendencia más que por su peso cuantitativo-

(18) Sastre García, 1997, p. 53.

(19) "Las numerosas y valiosas aportaciones en el ámbito de locos, vagabundos, expósitos, enfermos o prostitutas, prueban la correlación entre coyuntura económica y empobrecimiento de hombres y mujeres, por lo que pobreza y marginación social, así como asistencia o beneficencia, constituyen un proceso que se gesta y desarrolla en el epicentro del sistema económico y social, no en sus márgenes, y estrechamente vinculado a la configuración del Estado Liberal" -Ricard Vinyes (1996), p. 39-.

es una variedad de organizaciones que van desde lo comunitario-reivindicativo hasta lo asistencial-burocrático. La posibilidad de suprimir las diferencias dentro de esta pluralidad de organizaciones parece pasar actualmente por la mixtificación aporreada a partir de la que se constituye la controvertida figura del *voluntario*. Una figura a través de la que busca representar y dotar de una cierta homogeneidad tanto a las formas de intervención como a los grupos sociales que intervienen en el sector asociativo borrando las diferencias entre las figuras *tradicionales* del simple socio o miembro/afiliado de cualquier asociación, organización no lucrativa, etc., y el militante o activista "politizado" de un movimiento social o pequeño y activo núcleo político (20).

II.2. Empleo precario juvenil y voluntariado en los años 1990

Esta nueva figura del voluntario se corresponde asimismo -y más concretamente para el caso que nos ocupa- con la existencia de crecientes grupos de jóvenes cuyas condiciones de vida y trabajo los convierte en potencialmente disponibles para la participación en el Tercer Sector. Porque los años ochenta van a consolidar una tendencia en la que los jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo lo hacen con periodos de inestabilidad bajo formas de contratación temporales -cuya mayor o menor duración estará en gran parte determinada por el propio contexto social del joven y de las relaciones familiares o de amistad que pueda utilizar- (21). De hecho, la proporción de jóvenes

entre 16 y 29 años que en 1985 desarrollaban tareas "ocasionales" y "accidentales" -que pueden considerarse como subempleos- era del 45,3% del total de "ocupados", y estarían, por tanto, instalados en una precarización creciente como muestra la evolución del número de contratos registrados en el INEM: 0,7 millones de contratos en 1975; 1,9 en 1980; y 2,6 en 1985 -mientras el número de puestos de trabajo disminuía según la EPA en 600.000 entre 1981 y 1986- (22). Esta creciente inestabilidad laboral, más prolongada entre quienes alargaban sus estudios, hace que la participación social y política de los jóvenes esté también determinada en su origen por la tensión entre el voluntariado -a su vez atrapado entre la voluntad y la necesidad, es decir, la simple disponibilidad- y la profesionalización -o inevitable incorporación al trabajo remunerado-. Así, esta contradicción no sería otra cosa que la ambivalente posición de quien espera como voluntario el momento de su incorporación más o menos precaria al trabajo asalariado. Un voluntariado que tiende a convertirse de forma casi irremediable en una etapa de la precaria biografía laboral de determinados grupos de jóvenes. Voluntariado entonces cada vez más alejado, en la mayoría de las ocasiones, de una militancia vivida como una forma de intervención social que más que diluirse con la incorporación al mundo laboral podía consolidarse al alcanzar una mayor seguridad económica. Ni el trabajo social voluntario, ni la profesionalización llegan a adquirir el carácter de situación estable en muchos casos para los jóvenes que alternan un voluntariado que tiene en su horizonte el convertirse en trabajo más o menos retribuido -y lo hace en la medida en que el calendario de subvenciones de los fondos europeos lo va permitiendo- con esta situación de contratados precarios. Una situación de inseguridad laboral marcada por unas difusas fronteras de empleo-desempleo, voluntario-profesional que de alguna manera acerca las condiciones de unos voluntarios en un proceso de

(20) Queremos agradecer a los miembros del COLECTIVO IOÉ (participantes asimismo en este mismo número de la *Revista de Estudios de Juventud*), las sugerencias que nos han realizado acerca de esta radical novedad de la figura del voluntario.

(21) Las nuevas regulaciones laborales durante los primeros años de la democracia no desarrollan los mecanismos de contratación formales puesto que se mantiene prácticamente constante el porcentaje de jóvenes que utilizan las vías institucionales para encontrar empleo, entre el 15 y el 20% en 1985 -IOÉ (1989), *op. cit.*, p. 90-. Ya en el *Informe Juventud España 96* (Martín Serrano y Velarde, p. 145) el porcentaje de jóvenes que consiguieron trabajo por cuenta ajena a través de las instituciones se ha reducido al 6%, frente al 51% que lo hicieron a través de familiares, amigos o conocidos.

(22) IOÉ (1989), *op. cit.*, p. 75 y p. 83.

inserción profesional que tiende a hacerse permanente, con la de unos colectivos destinatarios de este trabajo social en salida de una situación de exclusión igualmente convertida en permanente.

De esta manera, a pesar de representar desde un punto de vista estricto, una parte ínfima de los miembros del sector asociativo en España (23), la imagen del voluntario parece servir -en tanto que modelo de una libre autodeterminación supuesta (24)- de seña de identidad de los miembros del conjunto del sector asociativo. Pero a la vez y de un modo sólo relativamente contradictorio, los voluntarios y empleados del Tercer Sector, prácticamente identificados entre sí, aparecen por millones (este Tercer Sector tendría así "en España casi medio millón de asalariados, un millón de voluntarios, y mueve en torno a los 3,7 billones de pesetas, alrededor del 5,3% del PIB"), convertidos en un recurso humano flexibilizado y altamente disponible en un sector asociativo transformado en un submercado más: "las cifras explican el enorme desarrollo alcanzado en su gestión por numerosas ONGs que para hacer frente a los retos se estructuran, cada vez más, como empresas competitivas. Ya es normal

(23) Según el pormenorizado informe coordinado por Rodríguez Cabrero y Montserrat Codorniu (1996), la cifra de voluntarios en entidades de servicios sociales es de 116.000, excluyendo las que denominan "entidades singulares" (Cáritas, Cruz Roja, ONCE y Obra Social de las Cajas de Ahorro) y de 286.000 si incluimos a estas grandes organizaciones. En cuanto a las cifras de voluntariado juvenil, es difícil encontrar estimaciones fidedignas, dadas las abstractas categorías utilizadas para caracterizar las diferentes asociaciones (religiosas, deportivas, excursionistas, benéfico-asistenciales etc.) aunque, según veremos a continuación, las estimaciones que se hacen a menudo sobre la magnitud del voluntariado (juvenil o no) parecen enormemente magnificadas.

(24) La propia Ley del Voluntariado (Ley General del 6/1996, de 15 de enero, Exposición de motivos, apdo. 1) plantea en términos plenamente abstractos e individualistas este ejercicio del voluntariado: "El voluntariado es expresión de solidaridad desde la libertad... de los ciudadanos a expresar su compromiso solidario a través de los cauces que mejor se acomoden a sus más íntimas motivaciones", también se señala que debe enmarcarse en los "intereses generales" definidos por el Estado de Derecho y respetando "el orden constitucional de distribución de competencias".

que una ONG disponga de departamento de RRHH (¿voluntariado?) contabilidad, proyecto o comunicación, y que su funcionamiento interno sea similar al de cualquier empresa" (25).

Ahora bien, lejos de constituirse en un nuevo modelo de economía social y participación política lo más relevante para caracterizar esta forma emergente de participación en el Tercer Sector es su incapacidad, al menos hasta el momento, para encontrar una coordinación autónoma que no necesite del vínculo particularizado con las Administraciones estatales. Y esta inexistencia de una presencia real de los organismos del Tercer Sector -en tanto que prácticamente sólo existen como entes singulares con una débil base de coordinación interna y ligados al Estado- cobra especial relevancia por la propia posición que en la actualidad ocupa este Estado Social, crecientemente subordinado y sometido a las funciones de racionalización y privatización de las prestaciones colectivas (26). De manera que el Estado tiende más a instrumentalizar las diferentes ONGs, Fundaciones, etc. en el proceso de "subcontratación" de la prestación de servicios sociales que a colaborar en la construcción de un tejido social en el que se asienten de forma progresiva los derechos sociales básicos. De hecho, las organizaciones del Tercer Sector son en parte utilizadas por el Estado en el proceso de "subcontratación" de políticas públicas puesto que permiten responder al carácter progresivamente fragmentado y específico de los colectivos receptores de la ayuda estatal a la vez que conforman y consolidan esa misma fragmentación. Cumplen así una labor funcional para el Estado

(25) Para A. Nuñez Martín, Director de la ONG Proyectos de Cooperación Internacional, artículo "El voluntariado y el Tercer Sector" en el diario *Expansión*, 28-IV-99, p. 16.

(26) En este sentido, Rodríguez Cabrero (1989, p. 86) considera que durante el periodo central de los años 1980 "la política social ha estado determinada por los imperativos de la política económica, es decir, las políticas redistributivas se han desarrollado en función de las políticas de competitividad y de integración de nuestra economía en los espacios transnacionales" ("Orígenes y evolución del Estado de Bienestar español en su perspectiva histórica. Una visión general", *Política y Sociedad*, 2).

puesto que, en un momento de racionalización económica y reconversión industrial, contribuyen a legitimar instituciones estatales cuya actuación ha tendido a desplazar (y progresivamente invisibilizar) las dimensiones estructurales y colectivas hacia las que, aglutinadas en torno a la centralidad del conflicto laboral, se habían dirigido de forma dominante las reivindicaciones y la reforma social del momento central de la transición postfranquista: "El voluntariado que vende el discurso de la cultura dominante y, en particular, la mediática, equivale a una acción social despojada de cualquier alcance económico, político o ideológico. Un territorio políticamente despolitizado, que a la vez que muestra los dramáticos escenarios de la exclusión social y propone la solidaridad filantrópica para remediarlos, oculta las condiciones socio-económicas que han originado los procesos de exclusión" (27).

III. ¿Los ochenta son nuestros?

3.1. Vulnerabilización y dualización juvenil en la larga crisis

Si es fundamental tener presente, en lo que se refiere al Tercer Sector, que no hay posibilidad alguna de expansión de formas alternativas de organización del trabajo más allá de las exigencias de rentabilidad del mercado sin una transformación radical del papel del Estado; es igualmente necesario, en la interpretación del sentido de la participación de los jóvenes, trascender la imagen ideal y abstracta del "voluntario" para considerar las trayectorias diferentes de quienes han tenido que incorporarse a un mundo del trabajo atravesado por las tendencias de una profunda dualización social. Hace falta ir más allá de esta imagen para pensar cuál es el lugar posible del voluntariado en una generación que no sólo ha tenido que retrasar de forma general la edad de emancipación económica -hasta el punto de que casi un tercio de los jóvenes de 29 años siguen

(27) J. M. Rodríguez Victoriano (1999), "Cómo nos venden el voluntariado: de los derechos sociales a la ayuda voluntaria", *Gaceta Sindical*, 172, febrero, p. 74.

dependientes del domicilio familiar (28)- sino en la que una parte de ella se ha convertido en mano de obra excedentaria y se ha encontrado ante la imposibilidad práctica de reproducir una condición asalariada que constituía el principal, si no el único, horizonte colectivo de integración social. De manera que, además de las conocidas tasas de temporalidad y precariedad de los trabajos a través de los que muchos jóvenes se integran en el mundo laboral, la mayor parte de los empleos creados conducen a una reproletarización de grupos crecientes de jóvenes y de mujeres en los sectores más degradados de los servicios (29). Un modelo de relación laboral marcado por la temporalidad y el subempleo que se va extendiendo a partir de los años ochenta desde los jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo al conjunto de la población trabajadora. Como ha sido también repetido, las necesidades de inserción de estos colectivos de jóvenes trabajadores -convertidos en punta de lanza de la desregulación del mercado de trabajo (30)-, va a convertirse en argumento ideológico para que unas relaciones laborales que en estos años ochenta han comenzado a "flexibilizarse" desde el lado patronal por la vía de sumergir los puestos de trabajo, cobren cuerpo legal en las diferentes oleadas de la reforma del mercado de trabajo. En este sentido, un estudio realizado en el año 1989 (31) señala cómo la economía irregular -caracterizada por la no cotización a la Seguridad Social, si bien dentro de la que existirían diversas situaciones- daría empleo al 64% de los jóvenes de 16 a 19 años y al 38% de los comprendidos entre 20 y 24 años.

(28) M. Martín Serrano y O. Velarde (1996), *op. cit.*

(29) A lo largo del año 1997 más de la mitad de los contratos "se realizan en los servicios de restauración, personales, seguridad, comercio, limpieza y todo tipo de peones. Todas las ocupaciones integradas en estas divisiones sufren condiciones de trabajo y empleo particularmente duras" (Santos Ortega, A. (1999), "El "rejuvenecimiento" de la pobreza: el avance de la inseguridad laboral y la exclusión social", *Gaceta Sindical*, 172, febrero, p. 44).

(30) Como señala por ejemplo Andrés Bilbao (1993), p. 54.

(31) El ya citado informe del Colectivo IOÉ *Estudio sobre las condiciones de trabajo de los jóvenes*, p. 88.

A estas condiciones materiales se une el carácter represivo y desmovilizador de una memoria personal que sólo puede referirse a tiempos de crisis e inseguridad (32), y el haber vivido bajo el signo de una historia breve -cuyo pasado ha intentado cerrar la transición posfranquista- marcada por la *inevitable* adaptación competitiva de la economía española al entorno transnacional.

3.2. Rejuvenecimiento del capitalismo y subempleo juvenil programado

La repolitización de una esfera de lo general y de lo colectivo articuladora de las formas de participación hacia la que venimos señalando, no choca solamente con este proceso de fragmentación de los sujetos sociales y con la sectorialización de su participación sino que, además, planteada a partir de la juventud como condición social específica, difícilmente puede pasar de una declaración de intenciones voluntarista. No obstante, si es posible llegar un poco más allá de constatar una presunta pérdida de los valores solidarios construidos en torno a la relación con el trabajo o de lamentar la difusión de otros "valores consumistas" especialmente entre los jóvenes, es precisamente insistiendo en la inconsistencia metodológica y política de la categoría "juventud" para explicar el cambio social o para ser puesta en el lugar de un sujeto colectivo. Una inconsistencia que tampoco remite, según venimos también insistiendo, a una incapacidad para suponer una situación colectiva mediadora en el contexto de procesos sociales más generales, precisamente señalando cómo esta situación de transformación en la participación y el trabajo de los jóvenes, descansa sobre la base de profundos cambios en la estratificación social. Ni la desmovilización, ni la economía sumergida o la precariedad afectan de igual manera a los jóvenes, por mucho que se haya producido el triunfo en un cierto nivel de la comunicación social, de una imagen

(32) David Anisi (1995), *Creadores de escasez*, Madrid, Alianza, p. 15.

relativamente homogénea de los jóvenes fraguada en los años 80 y consumada en estos años 90, precisamente en torno a una extensión de los rasgos de la juventud universitaria como la alta cualificación, secularización ideológica y moral, capacidad adaptativa positiva a la precariedad en el empleo, alta capacidad de consumo, etc. De alguna manera, un triunfo de un determinado uso ideológico de la imagen juvenil sobre la propia dualización de una base social real a la que se enfrentaba esta imagen en los años 80, entre un "joven ideal" que ocupaba un lugar progresivamente central como consumidor, profesional, deportista; y una "juventud como peligro" ligada a la "inseguridad ciudadana", las drogas, el paro, la marginalidad, etc. Por tanto, y a pesar de todas las limitaciones del presente artículo para superar las dificultades metodológicas que hemos ido exponiendo, queremos señalar -intentando deshacer la indeterminación de la situación de juventud con respecto a la estructura socioeconómica- cómo la precarización laboral aplicada sobre los trabajadores jóvenes ha sido impuesta, de modo cualitativo y cuantitativo, ante todo a un sector particular de los mismos (por provisional que sea aquí su caracterización): los jóvenes que viven en los años 1980 la reconversión de la clase obrera.

"El que menos ha hecho como mínimo 15 ó 20 trabajos... Porque yo he estado trabajando en el metal, en los ladrillos, limpiando zapatos, vendiendo pañuelos, vendiendo pájaros, vendiendo fruta..., vendiendo ropa, vendiendo droga, *de todo*. Si la historia es muy larga..." (33)

Una historia muy larga que ha de remontarse al menos a la de aquellos inmigrantes de las zonas rurales que poblaron los barrios periféricos de las ciudades aceleradamente industrializadas durante las décadas del desarrollismo franquista.

(33) Cita textual de una reunión de grupo con jóvenes en la economía sumergida (20-24 años) realizada dentro de la investigación del Colectivo IOÉ (1989a), *op. cit.*, p. 113.

Unos inmigrantes cuyas condiciones de vida y experiencias colectivas en unos barrios excluidos de la provisión de los bienes colectivos más elementales será la base desde la que surjan - aprovechando los márgenes legales de la dictadura- y se consoliden -durante la transición postfranquista- los grupos más activos de los movimientos obreros y ciudadanos. No es posible intentar desarrollar aquí los conflictos por los que esta génesis de una movilización popular democratizadora se va a ver bruscamente detenida por el proceso de desmovilización. Sin embargo, la quiebra de una posible convergencia entre las diferentes motivaciones y reivindicaciones particularizadas -en el momento todavía indefinido de apertura democrática del régimen- abrió el camino para una progresiva desustancialización de las reformas políticas y al paralelo *distanciamiento* con respecto a la *participación* activa en la democracia de aquellos grupos sociales sobre quienes iban a recaer las consecuencias de la definitiva *modernización* capitalista de la economía y sociedad españolas. Incluso más allá de los trabajadores de los sectores "reindustrializados" -que acceden a dotaciones y servicios colectivos hasta entonces negados y son relativamente protegidos por las prestaciones estatales-, las consecuencias a medio plazo de la racionalización productiva procapitalista van a enfrentar a los hijos de estas clases trabajadores ante la imposibilidad de integrarse en la condición asalariada tal y como la había conocido la generación anterior. Ello se va a traducir en la incapacidad de una parte de las nuevas generaciones de jóvenes trabajadores para lograr un reconocimiento dentro de una representación e identidad común, haciendo que una cierta desvinculación o desclasamiento ideológico sea una de las características históricas más significativas de ciertas fracciones de la juventud obrera, "como consecuencia de la relativa desfiguración y desmigajamiento de la condición obrera por el doble y contradictorio proceso del paro -que la deniega prácticamente- y del consumismo -que la diluye éticamente-, inherente al actual modelo económico-social del

neocapitalismo postindustrial en crisis de reconversión" (34).

De forma que reestructuración productiva y religación en torno al consumo van a estar especialmente relacionados, en este momento de crisis y cambio del modelo de desarrollo, en un único proceso de "rejuvenecimiento del capitalismo" "orientado a revitalizar la tasa de rentabilidad del capital, a acumular autoridad para decidir sobre el destino socioeconómico y a conseguir una ventaja en el conflicto capital/trabajo" (35). Un proceso capaz de regenerar una fuerza de trabajo excedentaria, subordinando las políticas de mantenimiento del pleno empleo, para situarla en una posición que posibilite su progresiva reproletarización en los nuevos empleos descualificados requeridos por la gestión de una mano de obra flexible en las empresas subordinadas a las grandes corporaciones multinacionales. La conciencia de esta posición unida a una situación existencial "marcada por la necesidad imperiosa del trabajo" conduce a una fracción de la juventud obrera hacia la "huida basada en el resentimiento" (36) y con ella hacia la renuncia a formar parte activa de las instituciones democráticas, asumiendo implícitamente una derrota que impide pensar en la posibilidad de un cambio global progresivo y que supone resignarse al repliegue en la defensa de redes comunitarias parciales:

"(El político) tiene que subirse, y *pa* subirse tiene que bajarte a ti, y es fácil que te baje a ti, tú es difícil que lo bajes a él, ni tú ni treinta mil tíos (...). entonces, *¿de qué nos vale pensar en la política? Entonces tienes que pensar por tu pueblo y por ti, ¿no?*, porque un político no te saca nunca de nada" (37)

(34) A. Ortí (1982) "Actitudes juveniles ante la educación y el trabajo".

(35) Santos Ortega, *op. cit.*, p. 40.

(36) A. Ortí (1982), *op. cit.*, p. 34 y p. 39.

(37) Cita textual de la misma reunión de grupo -Colectivo IOÉ (1989a), *op. cit.*, p. 117-118-.

Una despolitización provocada por la desestructuración del trabajo que, desde las clases obreras, se extiende en el proceso de vulnerabilización hacia fracciones crecientes de las clases medias, y frente a la que la repolitización de la participación en todos los órdenes de la vida social pasa por retomar la *determinación de las condiciones concretas de trabajo* -ya sea asalariado o no, productivo o reproductivo-, de las condiciones de paro o -sobre todo- de las condiciones de precariedad de los sujetos sociales, por una relación salarial o de *trabajo abstracto* que ha de ser pensada como centro sobre el que reflexionar y que transformar. Una reflexión y una práctica en torno al trabajo realizada tradicionalmente desde la *plataforma* que constituía el trabajo y que ahora forma parte de las reflexiones que empiezan a articularse desde los movimientos que participan en la *Plataforma por un debate general sobre el paro*, puesta en marcha en Madrid, y con cuyas palabras queremos concluir: "En el tipo de sociedades desarrolladas como en la que vivimos, con un alto desarrollo tecnológico y una altísima capacidad de producción, las actividades sociales necesarias sobrepasan los límites que ha establecido la organización del trabajo capitalista y su mundo asalariado. Trabajo por tanto hay mucho, lo que no hay para todos y todas es empleo. Todas las personas realizan actividades necesarias para el funcionamiento del entramado social (desde el trabajo doméstico, a las actividades de carácter social, etc.). En consecuencia tendrán que sentarse las bases de criterios sociales y de identidad personal, para que quienes no puedan (o mientras no puedan) tener empleo, no sean el exponente del fracaso, sino gentes que realizan su aportación al conjunto por otros caminos distintos a los que hasta el momento era el del trabajo asalariado" (38).

(38) Plataforma por un debate general sobre el paro, *Dossier de materiales para el debate*, Taller 3. "¿Es posible un cambio global en la organización del trabajo?", p. 3. La totalidad de los materiales, así como la programación de las iniciativas de la plataforma pueden consultarse en internet: www.nodo50.org/nexos/paro.htm.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (1996): "Nuevos movimientos sociales y asociacionismo" en Gregorio Rodríguez Cabrero y Julia Montserrat Codorní (eds.), *Las entidades voluntarias en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- (1998): "El sector comunitario: juventud y empleo", *Revista de estudios de Juventud*, 41, julio, pp. 17-29.
- ANISI, D. (1995): *Creadores de escasez*, Madrid, Alianza.
- BILBAO, A. (1993): *Obreros y ciudadanos*, Madrid, Trotta/Primero de Mayo.
- COLECTIVO IOÉ (W. Actis, C. Pereda y M. A. de Prada) (1989a): *Estudio sobre las condiciones de trabajo de los jóvenes*, Cuadernos de Juventud nº 6, Madrid, Consejo de la Juventud de España.
- (1989b): *Participación ciudadana y voluntariado social*, informe mimeo.
- (1985): *Participación Ciudadana y Urbanismo*, informe mimeo.
- GARCÍA ROCA, J. (1996): "El Tercer Sector", *Documentación Social*, nº 103.
- Equipo EUSyA (1988): *Paro y empleo juvenil en la periferia urbana madrileña*, Madrid, Consorcio Rector del Plan de Prevención de la Delincuencia y la Marginación Social en San Blas, Orcasitas y Pan Bendito.
- MARTÍN SERRANO, M. y VELARDE, O. (1996): *Informe Juventud España 96*, Madrid, Instituto de la Juventud.
- MONTSERRAT CODORNIÚ, J. y RODRÍGUEZ CABRERO, G. (1996): "Las entidades voluntarias en la construcción del bienestar social", en Gregorio Rodríguez Cabrero y Julia Montserrat Codorní (eds.): *Las entidades voluntarias en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 17-33.
- MORÁN, María Luz (1997): "¿Y si no voto, qué?. La participación política en los años ochenta" en Cruz R. y Pérez Ledesma (eds.) *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza.
- OFFE, Claus (1988): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Editorial Sistema.
- ORTÍ, A. [en colaboración con L. Seoane] (1982): "Actitudes juveniles ante la educación y el trabajo", realizado dentro de la investigación Encuesta sobre la juventud española 1982 dirigida por J.J. Toharia y M. García Ferrando, [análisis de tres grupos de discusión, uno en Zaragoza, dos en Madrid], Madrid.
- PRIETO LACACI, R. (1991): *Asociacionismo juvenil en el medio urbano*, Madrid, Instituto de la juventud.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G. (1989): "Orígenes y evolución del Estado de Bienestar español en su perspectiva histórica. Una visión general", *Política y Sociedad*, 2, pp. 79-87.

RODRÍGUEZ CABRERO, G. y ORTÍ BENLLOCH, A. (1996):

"Institucionalización del sector asociativo en España: estratificación motivacional e ideológica y diferenciación y complementariedad entre sector público y entidades sociales", en Gregorio Rodríguez Cabrero y Julia Montserrat Codorniu (eds.): *Las entidades voluntarias en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 123-165.

RODRÍGUEZ, M. y SANTOS, A. (1998): "Quien tiene hambre, sueña bollos: yacimientos de empleo, precariedad laboral y ecología", *Revista de Estudios de Juventud*, 41, julio, pp. 61-68.

RODRÍGUEZ VICTORIANO, J. M. (1999): "Cómo nos venden el voluntariado: de los derechos sociales a la ayuda voluntaria", *Gaceta Sindical*, 172, febrero, pp. 72-80.

SANTOS ORTEGA, A. (1999): "El "rejuvenecimiento" de la pobreza: el avance de la inseguridad laboral y la exclusión social", *Gaceta Sindical*, 172, febrero, pp. 39-51.

SASTRE GARCÍA, Cayo (1997): "La transición política en España: una sociedad desmovilizada", en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 80, Madrid, CIS.

VINYES, R. (1996): "Aproximación histórica a las asociaciones de carácter no lucrativo en el ámbito de los servicios sociales", en Gregorio Rodríguez Cabrero y Julia Montserrat Codorniu (eds.): *Las entidades voluntarias en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 35-100.